

HEMOS CREIDO EN EL AMOR⁴

Todo ser humano tiene necesidad de amor, de ternura. Si le faltaran totalmente, moriría. Conocemos la cruel experiencia realizada por Federico II, ese emperador más musulmán que cristiano, con niños recién nacidos: les hizo dar todo lo que era necesario para la vida, pero sin muestra alguna de afecto. Ninguno de esos niños sobrevivió. La palabra del salmista que dice a Dios: “Tu amor vale más que la vida” (*Sal* 63,4), puede aplicarse también al amor en general: “El amor es más importante que la vida”.

“Con el amor, tú me has dado la vida
y tu solicitud guardó mi espíritu” (*Jb* 10,12).

Toda la tragedia de la vida humana proviene del hecho de que no estamos suficientemente convencidos del amor de Dios hacia nosotros, de ese amor inefable, infinitamente fiel, que es el único que nos puede hacer felices. En efecto, creer en Dios es creer en el Amor, “pues Dios es Amor” (*I Jn* 4,8. 16).

¿En qué se diferencia un santo de un cristiano tibio y mediocre, o de un no-creyente? ¿Será en que no tiene que luchar ni sufrir? ¿En que no comparte la miseria humana, o no conoce las penas de los demás? (cf. *Sal* 73,5). Muy por el contrario, “innumerables son las desgracias del justo” (*Sal* 34,20). Precisamente a éste el Señor lo “prueba como el oro en el crisol” (*Sb* 3,6; cf. *Pr* 17,3; 27,21), “a fin de que la pureza de su fe, mucho más preciosa que el oro, que aunque acrisolado por el fuego se corrompe, aparezca digna de alabanza, de gloria y de honor cuando tenga lugar la manifestación de Jesucristo” (*I P* 1,7).

El hombre que tiende hacia la santidad es aquel que, a través de todo, felicidad y desgracia, alegría o sufrimiento, “esperando contra toda esperanza” (*Rm* 4,18), cree en ese Dios-Amor que “con aquellos que lo aman, colabora en todo para su bien” (*Rm* 8,28). Aunque un ejército acampe contra él, o estalle la guerra contra él, aún así permanece en la confianza (cf. *Sal* 27,3), pues sabe que si su padre y su madre lo abandonan, el Señor lo recogerá (cf. *ib.*, v. 10).

“Dios es Amor”, no solamente tiene amor, no solamente prodiga su amor, sino que es esencialmente Amor, un Amor que se inclina hacia los seres humanos de una manera absolutamente gratuita, un Amor que misericordiosamente salva ante todo al pecador⁵.

Antes de comenzar a explorar toda la riqueza de esta palabra de san Juan sobre la fe en el Amor, es necesario hacer una importante observación preliminar.

La traducción: “Hemos conocido el Amor que Dios nos tiene y hemos creído en el Amor” (*I Jn* 4,16), podría inducirnos a pensar que este conocimiento y esta fe se limitan al pasado: “Hemos conocido y hemos creído”. El doble empleo del perfecto griego *egnôkamen-pepisteúkamen* rectifica tal interpretación, pues presenta este conocimiento y esta fe como una convicción y una adhesión duraderas y seguras⁶. Para dar más exactamente el matiz del texto griego, habría que parafrasear así: “Hemos conocido el amor... y continuamos conociéndolo y creyendo en él firmemente.”

⁴ Tradujo: Hna. María Leticia Riquelme, osb. Abadía de Santa Escolástica.

⁵ Cf. R. SCHNACKENBURG, *Die Johannesbriefe*, 3e. ed. *Herders theologischer Kommentar zum Neuen Testament*, vol. XII, fasc. 3. Fribourg-en-Brisg., 1965, p. 233.

⁶ Cf. *ibid.*, p. 244.

A fin de purificar y de profundizar este conocimiento y esta fe que consisten en comprender mejor el amor de Dios y en dejarnos tomar mejor por él⁷, tratemos primero de explicar de qué manera Dios nos habla de su Amor y luego, de qué modo debemos responder a él. Será al mismo tiempo un estímulo para vivir de esas realidades, una invitación a “permanecer en el Amor” (Jn 15,9), es decir en el ámbito de la fuerza y de la irradiación del amor con que Dios nos ama.

I. “ESCUCHA, PUEBLO MÍO, VOY A HABLARTE” (Sal 50,7)

Escuchemos, “con un corazón noble y bueno” (Lc 8,15), lo que Dios nos dice de su Amor. Pues la oración cristiana es una oración en la que no es el hombre quien tiene la iniciativa, sino Dios; una oración en la que no es el hombre el que busca poco a poco, tanteando en las tinieblas, descubrir a un Dios mudo, sino Dios el que busca al hombre, y éste sólo tiene que entregarse al llamado oído, escuchando más y más⁸. Santa Teresa de Ávila⁹, con la autoridad que da la experiencia, define así la oración: “Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”. En esta conversación íntima, Dios es el primero en hablar, por eso es necesario ante todo saber escuchar: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 S 3,9). San Agustín¹⁰, en las “Confesiones”, no hace más que comentar esta palabra del joven Samuel, cuando reza así: “Por tus misericordias, Señor, dime lo que tú eres para mí... He aquí el oído de mi corazón ante Ti, Señor; ábrelo y di a mi alma: ‘Yo soy tu salvación’ (Sal 35,3). Yo quiero correr tras esa voz y asirte”.

1. Dios nos habla en las Escrituras

“Muchas veces y en diversas formas Dios nos ha hablado” (Hb 1,1) de su Amor: ante todo en la Biblia, esa “carta de amor”. “Abre la Escritura -dice san Agustín-, poco importa la página, por todas partes ella canta al amor”. En esta “declaración de amor”, podemos distinguir como tres grados, tres fases: *Yo te amo, Yo te llamo por tu nombre, Ven a las bodas.*

a) “Yo te amo”

Este tema resuena a lo largo de todos los Libros Sagrados, y algunos textos deberían cantar constantemente en nuestro corazón. Por ejemplo, estas líneas del Segundo Isaías, en las que Dios, en una comparación llena de fuerza, nos quiere hacer comprender la inalterable fidelidad del Amor con que Él ama a su Esposa, el pueblo elegido, y a cada uno de nosotros:

“Solo por un momento te había abandonado,
pero con inmensa piedad te recojo de nuevo.
En un raptó de mi cólera
oculté de ti mi rostro,
un instante,
pero con eterna bondad de ti me apiado,
dice el Señor, tu Redentor...
Vacilarán los montes,
las colinas se moverán,
pero mi bondad hacia ti no desaparecerá
ni se conmoverá mi alianza de paz,

⁷ *Ibid.*

⁸ L. BOUYER, *Les psaumes et la priere chrétienne*, dans *La Maison-Dieu*, N° 33, 1er. trimestre 1953. p. 10.

⁹ *Vida de Santa Teresa de Jesús*, cap. 8. *Obras completas*. Ed. M. Aguilar, Madrid. p. 33.

¹⁰ *Confesiones*, libro I, cap. 5,1.

dice el Señor que de ti se compadece” (*Is* 54,7 s. 10; cf. *Jr* 31,35-37; 33,20).

Otro texto conmovedor evoca una imposibilidad *psicológica* para subrayar la misma infinita ternura y la fidelidad con las cuales Dios ama a Israel y a cada uno de los creyentes. Sión se quejaba de estar abandonada por el Señor y éste le responde:

“¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría,
no tener compasión del hijo de sus entrañas?
Pues, aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaré de ti.
Mira, en las palmas de mis manos te he grabado,
tus muros están sin cesar ante mí” (*Is* 49,15).

Según otro pasaje del mismo Segundo Isaías, algunos fervorosos adoradores del verdadero Dios inscribían, en la palma de sus manos, el nombre del Señor: “(Yo soy) de Yahveh” (*Is* 44,5). Así como en ciertos cultos, los fieles tenían tatuado el nombre de su Dios (cf. *Ap* 13,16 ss.) y testimoniaban así su adhesión a la divinidad, de la misma manera, por un audaz antropomorfismo, se supone un tatuaje en las manos de Dios¹¹. En Oriente sucede, aun en nuestros días, que los jóvenes inscriben en sus manos el nombre de su amada para no olvidarla (cf. *Ex* 13,9; *Dt* 6,8; 11,18), Así el Señor ha grabado el nombre de su Esposa en la palma de sus manos, para no olvidarla jamás.

En el Nuevo Testamento, esta declaración del amor de Dios por la pobre humanidad, se hace aún más fuerte, más sobrecogedora.

Basta recordar la parábola del hijo pródigo (*Lc* 15,11 ss.), la palabra tan grave del Evangelio de san Juan: “Tanto ha amado Dios al mundo que le dio a su Hijo Único, a fin de que todo hombre que crea en Él no perezca sino que tenga la vida eterna” (*Jn* 3,16), y el grito que brota del corazón del apóstol Pablo: “(El Hijo de Dios) me amó y se entregó por mí” (*Ga* 2,20).

b) “*Yo te llamo por tu nombre*” (*Is* 43,1)

No debemos concebir este amor de Dios hacia nosotros como un amor colectivo, indiferenciado y global. Es bien conocido el pasaje del canto de Schiller a la alegría, canto que se hizo más famoso aún por la magnífica composición de Beethoven: “¡Recibid el abrazo, vosotros, miles y miles! ¡Beso al mundo entero!”. Esta patética exclamación es ciertamente hermosa, pero no ofrece nada nuevo a los individuos de los que se compone el género humano.

Dios no nos ama de esa manera; nos ama a cada uno personalmente; su amor lleva consigo una nota estrictamente reservada, particular, incomunicable. En la naturaleza, Dios no se repite jamás, no trabaja en serie y como en cadena. Así, entre las miles de hojas de un roble, no hay dos semejantes. En el mundo de las almas, Dios obra de una manera aún más personal, con cada una de ellas, tiene un secreto único, celosamente guardado.

El símbolo de esta intimidad inefable entre Dios y nosotros, es el “nombre” con que nos llama, a cada uno por separado. Ya el Señor había dicho a Moisés: “Yo te conozco por tu nombre” (*Ex* 33,17; cf. v. 12). Por el profeta del exilio, Dios dirigió a su pueblo esta palabra de aliento, que vale también para cada uno de nosotros:

“Pero ahora así habla el Señor,
tu creador, Jacob,
aquel que te ha plasmado, Israel:

¹¹ Cf. A. PENNA, *Isaia*, Marietti, Torino-Roma, 1964. p. 503 a.

No temas, pues yo te he redimido.
Si pasas por las aguas, yo estaré contigo:
sí por los ríos, no te ahogarás.
Si caminas por el fuego, no te quemarás,
y las llamas no te abrasarán.
Porque Yo soy el Señor, tu Dios,
el Santo de Israel, tu Salvador...
Porque mucho vales a mis ojos,
eres precioso y Yo te amo.
Por eso, a cambio tuyo entrego hombres,
y pueblos por el rescate de tu vida,
No temas, porque yo estoy contigo” (Is 43,1-5).

Cristo, el Buen Pastor, nos asegura que Él llama a cada una de sus ovejas “por su nombre” (Jn 10,3), y no por un número, como a detenidos en campos de concentración. A cada uno de sus fieles, Cristo le da un “nombre nuevo”, inédito; no uno de esos nombres viejos, usados, como los que pueden imponer los hombres, sino un nombre absolutamente nuevo, un nombre que nadie ha llevado en el pasado, y que jamás será dado a nadie; un nombre secreto, conocido sólo por Dios y por aquel que ha de recibirlo: “Al vencedor le daré el maná escondido; le daré también una piedrecita blanca, y en la piedra grabado un nombre nuevo (Is 62,2; 65,15), que sólo conoce el que la recibe” (Ap 2,17).

La piedrecita blanca simboliza la victoria, la alegría y la admisión en el Reino; en la antigüedad, se votaba con pequeñas piedras de mosaico: la piedra blanca expresaba la aprobación, la piedra negra, la desaprobación (como en las Órdenes monásticas, las bolillas blancas o negras). El hecho de que el nombre inscripto en la piedrecita blanca no sea conocido más que por el que la recibe -y por Dios que la da- prueba la intimidad de esta unión eterna entre Dios y el rescatado, en la cual consistirá la felicidad del cielo. En la tierra esta intimidad ya es anticipada por la vida contemplativa.

Cristo tiene una manera única de llamar a cada uno por su nombre. Atravesando la ciudad de Jericó, se detiene bajo un sicómoro, donde se encuentra, oculto por el follaje, Zaqueo, jefe de publicanos: “Zaqueo, baja pronto, porque es necesario que hoy me hospede en tu casa” (Lc 19,5). El hecho de que Jesús, sin conocerlo, lo llamara por su nombre, debió tocar en lo más profundo el corazón de este hombre despreciado por la gente “respetable”. Igualmente en cuanto María Magdalena oye a Cristo Resucitado -a quien había confundido con el jardinero- pronunciar su nombre: “¡María!”, lo reconoce (Jn 20,16); sólo Cristo puede tocar así las fibras más secretas de nuestro corazón al pronunciar nuestro nombre:

“Alabad al Señor porque es bueno,
cantad a nuestro Dios porque es amable.
Cuenta el número de las estrellas y
llama a cada una por su nombre” (Sal 147,1. 4).

c) “Ven a las bodas” (cf. Mt 22,4)

Hay un tema que resuena a través de toda la creación, a través de toda la Biblia, así como a través de toda la liturgia: el tema nupcial. Toda la naturaleza está dominada por la polaridad de los dos sexos; los libros sagrados, sobre todo los de los Profetas, evocan a menudo la unión entre Dios y la humanidad con la imagen del amor conyugal; la liturgia retoma también el mismo símbolo, sobre todo para las fiestas de las vírgenes. Jesús mismo consagra ese simbolismo llamándose a sí mismo “el Esposo” por excelencia, presentando el Reino de Dios como un festín de bodas al cual todos están invitados: *Venite ad nuptias!* “¡Venid a las bodas!” (Mt 22,4).

Las bodas tienen un doble aspecto: colectivo e individual. Su celebración reviste un carácter colectivo: sobre todo en Oriente, todo el mundo participa, todo el mundo va, aun sin ser invitado. Pero es también, y sobre todo, el día en el cual los esposos están en la plenitud de la alegría: ¿Acaso las bodas no son llamadas en el Cantar, el “día de la alegría del corazón”? (Ct 3,11).

La Iglesia entera es la esposa de Cristo, porque Él la ha comprado y rescatado a un precio muy elevado: el de su preciosa Sangre; Él la ha lavado en el baño de su propia Sangre, “para presentársela a sí mismo, resplandeciente, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada” (Ef 5,17). Y cada fiel en particular participa de este noble título: Esposa de Cristo. En la oración para después de la Comunión, en la fiesta de la Dedicación, la liturgia dominicana canta así: *Deus qui Ecclesiam tuam sponsam vocare dignatus es... da ut omnis haec plebs... huius vocabuli consortio digna esse mereatur*: “Dios, que te has dignado llamar *Esposa* a tu Iglesia, concede a todo tu pueblo ser digno de participar de este nombre”.

La delicadeza y la frescura de las relaciones entre esposo y esposa no son más que un pálido reflejo de la intimidad de amor que debe reinar entre Dios y el alma. Las “verdaderas” bodas, dirá san Juan con ese adjetivo “verdadero” que le es tan querido y que da testimonio de su “realismo” sobrenatural, las “verdaderas” bodas no son las que se celebran en la tierra sino las del Reino, “las bodas del Cordero” (Ap 19,7. 9).

El saber que somos amados así, cada uno de manera personal, única e incommunicable, el saberlo por una fe sobria y animosa, debería colmarnos de una alegría, de una gratitud, de un sentimiento de nuestra propia dignidad realmente inefable.

2. Dios nos habla en la Liturgia

En la sagrada liturgia, la Iglesia, nuestra Madre, nos “sacia con la flor de los trigales” (Sal 147,14) que es la palabra de Dios, y nos recuerda una y otra vez la misericordia y la ternura infinitas de nuestro Dios. Por medio de sus oraciones litúrgicas nutre nuestra vida de oración y nos hace vislumbrar cómo nos ama Dios. Así, valdría la pena aprender de memoria la oración del domingo XXVII durante el año, a fin de fundamentar sólidamente nuestra confianza: *Omnipotens sempiternae Deus, qui abundantia pietatis tuae et merita supplicum excedis et vota*: “Dios todopoderoso y eterno, que en la profusión de tu amor excedes los méritos y los deseos de quienes te invocan: derrama sobre nosotros tu misericordia, perdonando las faltas que nos inquietan y concediéndonos aún aquello que no nos atrevemos a pedir”.

Casi tendríamos la tentación de decir que esta oración sobrepasa toda medida y que, al componerla, la Iglesia se ha extralimitado. Pero en realidad, este texto es tan sobrio como el pasaje de la Carta a los Efesios del cual parece ser el eco: “A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a Él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los tiempos” (Ef 3,20).

El Espíritu Santo obra en la composición de las oraciones litúrgicas: la Liturgia es su elemento propio, como la Sagrada Escritura, pero de manera diferente. Recitando y meditando los textos del Misal y del Oficio Divino, nos mantenemos dentro del ámbito del Espíritu. Es verdad que Él “sopla donde quiere” (Jn 3,8); pero indiscutiblemente, sopla con predilección allí donde encuentra su propio elemento, es decir, la palabra inspirada por Él, sea en la Biblia, sea en la Liturgia. Utilizando una expresión un poco familiar pero muy sugestiva, los Padres y los antiguos monjes decían que en la *lectio divina*, es necesario “rumiar” las palabras de Dios, repitiéndolas sosegadamente, meditándolas, o recitándolas ante Aquel que las ha compuesto, y para agradecerle.

3. Dios nos habla por los escritos de los santos

Los santos son aquellos que han “creído en el Amor”. Ellos han experimentado la inefable ternura de Dios, han vivido en la amistad divina, y pueden ayudarnos a penetrar cada vez más en esta intimidad. Leyendo con asiduidad sus escritos, contemplando su ejemplo, aprendemos a conversar íntimamente con Dios y a permanecer en la atmósfera bienhechora de su Amor. Sepamos preferir a los tratados de segunda o tercera mano, la lectura de los Padres de la Iglesia, tan llenos de esa unción particular que proviene del Espíritu de Dios.

El santo Cura de Ars¹² decía: “Jesús, conocerte es amarte... Si supiéramos cómo nos ama Nuestro Señor, moriríamos de gozo. No puedo creer que haya corazones tan endurecidos como para no amar al verse así amados... Nuestra única felicidad en la tierra es amar a Dios y saber que Dios nos ama”. Y también: “Si penetráramos estas palabras: yo creo firmemente que tú estás presente en todas partes, que tú me ves, que estoy bajo tu mirada, que un día yo mismo te veré claramente, que gozaré de todos los bienes que me has prometido... Qué cierto es, que este acto de fe, que es también un acto de amor, nos bastaría”¹³.

4. Dios nos habla en la naturaleza

Toda la naturaleza refleja la gloria del Creador y revela su Amor hacia nosotros. “Si tuvieras el corazón libre -dice la Imitación de Cristo¹⁴- toda creatura sería para ti un espejo de la vida y un libro abierto de doctrina santa. No hay creatura, por pequeña o insignificante que sea, que no manifieste la bondad de Dios”.

El sol es un símbolo particularmente elocuente del amor de Dios hacia nosotros, de ese amor fuente de vida, de alegría, y de luz. ¿Acaso el Señor Dios no es llamado “Sol y Escudo” en un Salmo? (84,12). La imagen del sol sugiere la influencia vital, universal, del Dios-Amor: todo lo que el sol visible prodiga en un plano natural, Dios nos lo da, de manera infinitamente más eficaz y más íntima, en el orden espiritual: la luz y la alegría, el calor y la vida, la purificación, la curación y la maduración¹⁵. En el libro de Malaquías, el futuro Mesías es anunciado como el “Sol de justicia que trae la curación en sus rayos” (Ml 3,20). Toda la vida de oración es a menudo comparada a una cura “helioterápica” en la que uno se expone a los rayos de ese sol dotado de poder purificador. Pero, para tener el coraje de hacer esta “cura”, es necesario “creer en el Amor”, creer que durante ese tiempo aparentemente despilfarrado en el que nos exponemos a los rayos del amor que salen del Corazón de Cristo “algo ocurre”, creer que ese Amor nos cura y nos transforma, porque es un Amor creador.

5. Dios nos habla por los acontecimientos

Dios es el Señor absoluto de la historia. Como Él dispone todos los acontecimientos, pequeños y grandes, públicos y privados, todo lo que sucede tiene valor de mensaje, y aun las cosas se vuelven “palabras” de Dios. El hecho de que en la lengua hebrea, el término *dâbâr* signifique a la vez “palabra” y “acontecimiento” o “cosa”, implica una intuición muy profunda del genio semítico. Dios nos habla a través de lo que Él permite. Cuando nos llega una prueba dolorosa es como si Dios nos dijera, en lo más íntimo: “por medio de este sufrimiento que te envío, ¿no quieres penetrar más profundamente en mi amistad? ¿No quieres aprender así lo que ninguna

¹² B. NODET, *Jean-Marie Vianney, Curé d'Ars. Sa pensée-son coeur*, 3e. éd., Ed. Mappus, Le-Puy, 1958, pp. 50 ss.

¹³ *Ibid.*, p. 67.

¹⁴ Libro II, cap. 4.

¹⁵ Cf. G. M. BEHLER, op, *Les aimables demeures du Seigneur (Ps. 84)*, en *Vie Spirituelle* 98 (mayo 1958) 498-502 ss.

universidad del mundo podría enseñarte?” Los autores paganos de la antigüedad griega emplearon a menudo este juego de palabras, retomado luego en la epístola a los *Hebreos* 5,8¹⁶: *pathêmata - mathêmata*¹⁷, “sufrimientos - lecciones”: por el sufrimiento aprendemos de manera imborrable las cosas más importantes, puesto que cuanto el sufrimiento nos ha enseñado permanece grabado en lo más profundo de nuestro ser.

Ante este mensaje divino contenido en los acontecimientos, debemos tener cuidado de no reaccionar como algunos de los discípulos de Jesús; al escuchar la promesa del Pan eucarístico, exclamaron: “Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla?” (*Jn* 6,61). Acojámoslo, por el contrario, con un “corazón noble y generoso” (*Lc* 8,15), “creyendo en el Amor” que lo ha pronunciado.

6. Dios nos habla dentro de nosotros mismos

A quienes saben escuchar en silencio, Dios les habla también al corazón. El salmista dice: “Quiero escuchar lo que el Señor Dios dice dentro de mí” (*Sal* 85,9 Vulgata). Se ha dicho que Dios es mudo, es decir, que “Dios está muerto”; pero Él está siempre vivo y siempre se hace oír; solo que para percibir su murmullo es necesario eliminar el ruido y amar el silencio.

El joven rey Salomón, a quien Dios había dicho: “Pídeme lo que quieras que te dé” (*1 R* 3,5), no pidió ni poder militar, ni riquezas ni salud, sino simplemente “un corazón que sepa escuchar” (*ib.* v. 9). He aquí el don esencial, que está en la raíz de toda sabiduría y de toda santidad: “un corazón que escucha”¹⁸. A este corazón, todo lo demás le es dado por añadidura. El mismo Jesús resume todo el contenido de la parábola del sembrador en esta exhortación: “Mirad, pues, cómo oís” (*Lc* 8,18). En efecto, antes de lanzar contra Dios el grito de rebelión: *Non serviam*, “¡No serviré!” (*Jr* 2,20), se le ha dicho: *Non audiam*, “No quiero escuchar” (*Jr* 22,21).

Si Dios nos pidiera creer ante todo en su justicia, la fe en Él podría parecernos dura. Pero, en realidad, nos pide, antes que nada, creer en su amor infinito. ¿Hay algo más agradable que creer que uno es amado? Siempre da alegría saber que se es objeto de benevolencia, de ternura, de afecto sincero. A quien se esfuerza en buscar sólo al Señor, éste le concede de cuando en cuando, una como palabra interior absolutamente personal y destinada sólo a él, una “cierta experiencia muy dulce”, *quandam experientiam dulcedinis*, que le permite saber, al menos con certeza moral, que está en estado de gracia¹⁹.

7. Dios habla por el lenguaje de los signos

Dios tiene aún otra manera más elocuente y conmovedora de hablarnos de su amor: el lenguaje de los signos expresado en el silencio. En las relaciones humanas, cuando experimentamos una emoción muy profunda, callamos, sabiendo que las palabras serían insuficientes para expresar lo que sentimos, hasta profanarían los más delicados sentimientos. Como lo dice un poeta alemán, Friedrich Hölderlin:

“A menudo se debe callar:
no tenemos palabras sagradas;
laten de prisa los corazones
pero el lenguaje se queda atrás”²⁰.

¹⁶ Por los verbos *épathen-émathen*, “sufrió-aprendió”.

¹⁷ Cf. HERODOTE, *Historiae*, I (Clio), 207. Ed. Collection des Universités de France, Paris, 1932, p. 197. ESOPE, *Le berger et la mer*, Coll. cit., Paris, 1927, p. 137, N 311.

¹⁸ SR. JEANNE D'ARC, op “*Un coeur qui écoute*”, Le Cerf, Paris, 1966.

¹⁹ S. TOMÁS, *Suma Teológica*, I-II, q. 112, a. 5.

²⁰ En alemán:

Una célebre expresión de san Ignacio de Antioquia, citada a menudo por los Padres, llama a la muerte de Cristo en la cruz “un misterio resonante realizado en el silencio de Dios”²¹, literalmente “un misterio que grita” (*mysterion kraugês*). Por su sacrificio cruento, consumado en el silencio, Cristo nos revela el amor infinito de su Padre y su propio amor hacia nosotros, con mucha mayor fuerza que si lo hubiese hecho mediante palabras. El lenguaje de la sangre de Jesús, mediador de la Nueva Alianza, es más elocuente que el de la sangre de Abel (cf. *Hb* 12,24).

“La cruz -decía el Santo Cura de Ars²²- es el libro más sabio que podemos leer. Quienes no conocen este libro son ignorantes, aun cuando conozcan todos los demás libros. Únicamente son verdaderos sabios los que lo aman, lo consultan, lo profundizan. Por amargo que sea este libro, no hay alegría más grande que sumergirse en sus amarguras. Cuanto más acudimos a su escuela, más deseamos permanecer en ella. El tiempo pasa allí sin tedio. Aprendemos cuanto queremos saber y jamás nos saciamos de lo que en ella gustamos”.

Al dejar que su corazón fuera traspasado por la lanza del soldado romano, el Redentor quiso expresarnos por última vez, sin palabras, cuánto nos amaba. Al resucitar con un cuerpo glorioso pero marcado de modo evidente por los cinco estigmas de la Pasión²³, Cristo se ha preparado un memorial magnífico, conmovedor, imperecedero. Horacio²⁴, en una estrofa muy conocida, habla de su obra poética, que lo hará célebre para siempre; esta estrofa, compuesta no sin cierta dosis de vanagloria, puede ser puesta en los labios y en el corazón de Cristo resucitado, embellecido con las cinco llagas de su Pasión. En esta perspectiva, estos versos adquieren una nueva densidad:

“Exegi monumentum aere perennius
Regalique situ pyramidum altius,
Quod non imber edax, non aquilo impotens
Possit diruere aut innumerabilis
Annorum series et fuga temporum”.

Yo me he levantado un monumento
más duradero que el bronce,
más grandioso que las pirámides regias;
ninguna lluvia lo desgastará,
ningún huracán lo derribará
ni podrá destruirlo el interminable curso de los años.

MIRADA RETROSPECTIVA

No será inútil echar una mirada crítica sobre todo lo que precede. ¿No habremos ido demasiado lejos al hablar del amor de Dios? El ámbito de la vida espiritual exige una extrema sobriedad. Cualquier exaltación es funesta y se paga muy cara. Si hay algún terreno que deba mantenerse firme es éste.

En realidad, en lugar de exagerar, sólo hemos balbuceado pobremente sobre un tema que siempre será inefable. Los santos conocen del amor de Dios por nosotros, pues lo han

*Schweigen müssen wir oft; es fehlen heilige Namen.
Herzen schlagen und doch bleibt die Rede zurück.*

F. HOLDERLIN, *Poèmes*, Paris, Aubier, p. 322.

²¹ *Lettres aux Ephésiens*, XIX, 1; PG 5,660. *Sources chrétiennes* N 10, Le Cerf, Paris, 1951, p. 89.

²² B. NODET, *Jean-Marie Vianney, Curé d'Ars*, 3e. ed. Le Puy, 1958, p. 179.

²³ cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* III, q. 54, a. 4, *corpus*, y ad. Ium.

²⁴ *Carmina* III,30,1 ss.

experimentado. Dejemos la palabra a la Beata Ángela de Foligno, esa santa en la cual admiramos “magníficas tentativas de expresar lo Inefable, seguidas de un arrepentimiento aún más magnífico; el perdón que pide Ángela por sus blasfemias después de haber balbuceado lo que vio en su éxtasis rasga el horizonte, como el rayo en la oscuridad de la noche”²⁵. Es bien conocida esa palabra de Cristo que la santa oyó un día resonar en su alma: “No te he amado en broma”. Y agrega ella: «Esa palabra me asestó un golpe mortal. No sé cómo no morí; pues mis ojos se abrieron y vi con toda claridad cuán verdadera era esa palabra. Veía los actos, los efectos reales de ese amor, y hasta dónde había llevado al Hijo de Dios. Vi lo que Él padeció en su vida y en su muerte por amor a mí, por la fuerza real de ese amor indecible que le quemaba las entrañas, y yo percibí en toda su inusitada verdad la palabra que había oído; no, no, Él no me había amado en broma sino con un amor tremendamente serio, verdadero, profundo, perfecto, y que estaba en sus entrañas. Y entonces mi amor, mi amor por Él se me apareció como una broma de mal gusto, como una mentira abominable... Oí otras palabras, que aumentaron mi sufrimiento: “No te he amado en broma; hacerme tu servidor no ha sido una farsa; ¡no me he mantenido a distancia!”. Mi dolor, ya mortal, iba siempre en aumento y grité: “Pues bien, conmigo pasa todo lo contrario. Mi amor ha sido sólo broma, mentira, afectación”»²⁶.

La santa había preguntado varias veces a Dios si en lo que ella había dicho o en lo que el hermano Arnaldo, su secretario, había escrito, no había algo equivocado o inútil. El Señor le respondió: “Todo es verdad, nada es falso, nada inútil, pero es insuficiente”²⁷. Esto resume todo lo que podemos decir respecto del amor de Dios por nosotros. Y santa Ángela afirma con más fuerza aún: “Mis palabras me hacen el efecto de una nada, ¿qué digo?, mis palabras me horrorizan, ¡oh, suprema oscuridad! Mis palabras son maldiciones, mis palabras son blasfemias. ¡Silencio!, ¡silencio!, ¡silencio!, ¡silencio!”²⁸.

Concluamos con el libro de las Lamentaciones:

“Esto recordaré en mi corazón,
por ello esperaré:
el amor del Señor no se ha acabado
ni se ha agotado su ternura;
cada mañana se renuevan:
¡grande es tu fidelidad!
Mi porción es el Señor, dice mi alma,
por eso en Él esperaré.
Bueno es el Señor para el que en Él espera,
para el alma que le busca.
Bueno es esperar en silencio
la salvación del Señor” (*Lm* 3,21-26).

II. “PUEBLO MÍO, RESPÓNDEME” (*Mi* 6,3)

Crear en el Amor es responder a esa gran declaración de amor que Dios nos hace de manera absolutamente gratuita, y sin ningún mérito de parte nuestra. Por boca de los profetas, el Señor se queja a menudo de no encontrar eco en su pueblo:

“¿Por qué cuando he venido no había nadie,
cuando he llamado no hubo quien respondiera?” (*Is* 50,2).

²⁵ *Le livre des visions et instructions de la bienheureuse Angèle de Foligno*, trad. por ERNEST HELLO, 5° ed. A. Tralin, Paris, 1914, p. 15 (prefacio de Georges Goyau).

²⁶ *Ibid.*, pp. 138 ss.

²⁷ L. c., p. 35.

²⁸ L. c., p. 107.

“Os llamé y no respondisteis,
hablé y no oísteis” (*ib.* 65,12).

“Llamé y nadie respondió,
hablé y no escucharon” (66,4; cf. *Jr* 7,13).

1. Quitar los obstáculos

La primera respuesta debe consistir en quitar los obstáculos que se oponen a una auténtica intimidad con Dios. “Si volvéis al Señor de todo corazón, apartad los dioses extranjeros de en medio de vosotros” (*1 S* 7,3). Todo apego desordenado a una creatura debe desaparecer para que nuestra respuesta al Amor no sea una mentira. Conocemos la comparación simple, precisa y profunda de san Juan de la Cruz²⁹: “Porque eso me da que una ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero por fácil que es, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión”.

Santa Ángela de Foligno, después de haber escuchado las palabras de Cristo citadas más arriba: “No te he amado en broma; hacerme tu servidor no ha sido una farsa; ¡no me he mantenido a distancia!”³⁰, saca esta consecuencia: “Estas palabras produjeron en mí un deseo: no sentir nada, no ver nada, no decir nada, no hacer nada que pudiera desagradar a Aquel que me hablaba. Sentí que Dios pide especialmente a sus hijos, a sus elegidos, a los que elige para su visión y la palabra divina, que no tengan ni la sombra de una relación con su enemigo”³¹.

2. Responder en el mismo lenguaje

Para responder con verdad a Dios que nos habla de amor, es necesario hacerlo en el mismo lenguaje. Si un extranjero me dirige la palabra en una lengua que ignoro, por más que hablemos no habrá verdadera conversación. Dios nos habla con el lenguaje del corazón, el lenguaje del amor. Pero, ¡cuánta gente le responde no con el lenguaje del amor sino con el de la justicia, el de la fría justicia! Muchos piensan poder contentar a Dios³², cumplir con sus deberes para con Él mediante las prácticas religiosas o algunos sacrificios; sus relaciones con Dios permanecen en un plano puramente oficial, algo así como con un funcionario del Estado.

Dado que la virtud de “religión” es una “parte potencial” de la justicia³³, la vida litúrgica, que pertenece al dominio de la “religión”, no podría ser una respuesta suficiente al llamado de Dios si no estuviera animada desde dentro por las virtudes teologales. De nada vale que el canto litúrgico sea impecable, que las ceremonias sean ejecutadas con dignidad y armonía maravillosas: si falta el don del corazón no hemos creído en verdad en el Amor y no hemos respondido a Él.

En el libro de los Jueces, en un contexto no precisamente edificante, es decir, en los relatos referentes a Sansón y Dalila, encontramos una profunda reflexión: Dalila dijo a Sansón, que no quería revelarle su secreto, el de su fuerza extraordinaria: “¿Cómo puedes decir: ‘Te amo’ si tu corazón no me pertenece?” (*Jc* 16,15). Dios puede dirigirnos las mismas palabras también a nosotros, al menos en cierta medida. Cristo, citando un pasaje de Isaías (29,13), hace en el

²⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del monte Carmelo - Libro I cap. 11. Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid, 1950, p. 591.

³⁰ *Le livre des visions et instructions de la bienheureuse Angèle de Foligno*, ed. cit., p. 139.

³¹ *Ibid.*, pp. 140 ss.

³² En alemán se dice: *abfinden, abspeisen*.

³³ Sto. TOMAS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 80, artículo único.

fondo el mismo reproche, cuando dice a los escribas y fariseos: “¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con sus labios pero su corazón está lejos de mí” (*Mt* 15,7 ss.; *Mc* 7,6 ss.).

La respuesta que debemos a Dios, la única que Él escucha, la única que le puede contentar es el amor silencioso: “La mayor necesidad que tenemos es de callar a este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje, que Él oye solo, es el callado de amor”³⁴.

¡Cuántos hombres no llegan a desarrollarse espiritualmente y fallan en su vocación esencial, por no responder a la declaración de amor que Dios les hace de manera estrictamente personal! Saben encontrar palabras de ternura para las creaturas, aun para su gato y su perro, pero para Dios que les ofrece el don inestimable de su intimidad, jamás encuentran una palabra de amistad. A fuerza de no prestar atención a las gracias ofrecidas con extrema delicadeza, a fuerza de decidirse (en cosas que parecen mínimas), por el mundo y contra Dios, acaban por considerar a Dios como un extraño. ¡Qué difícil se hace entonces y cuántos esfuerzos son necesarios para reencontrar la intimidad con ese Dios tan próximo y la capacidad de compartir su secreto!

El hecho de que una santa Teresa de Ávila haya tenido que luchar durante años para llegar a ese contacto íntimo con Dios, es muy consolador. Esta santa comprendió tan bien el valor de semejante tesoro, que toda su vida y su enseñanza no tuvieron otro fin sino ganar almas que se aplicaran con todas sus fuerzas a vivir la amistad con ese Dios por quien se saben amadas³⁵.

Algunos vuelven a encontrar a Dios sólo después de haber pasado por una prueba dolorosa:

“Me corregiste y fui corregido
cual becerro no domado.
Hazme volver y volveré,
pues tú, Señor, eres mi Dios.
Porque luego de desviarme me arrepiento
y luego de darme cuenta me golpeo el pecho” (*Jr* 31,18).

¿Por qué esperar, para volver a Dios, que el castigo nos obligue a ello, como hacen los irracionales que no obedecen sino por temor?

“No seáis irracionales como caballos y mulos:
cuyo brío hay que domar con freno y brida,
si no, no puedes acercarte.
Los malvados sufren muchas penas;
al que confía en el Señor la misericordia lo rodea.
Alegraos justos, y gozad con el Señor,
aclamadlo los de corazón sincero” (*Sal* 32,9-11).

3. “Permanecer en el Amor”

El que “cree en el Amor”, desea “permanecer en el Amor” (*Jn* 15,9), es decir en la atmósfera bienhechora de ese amor con que Cristo le ama; resiste a la tentación de escapar a la acción purificadora de ese amor que es un amor creador. En cuanto a nosotros, para amar tenemos necesidad de encontrar bondad en el objeto amado: es necesario que éste sea bueno o nos parezca tal; “el amor de Dios, en cambio, es un amor que crea e infunde la bondad en las criaturas”³⁶. “Crear en el Amor” significa entregarse a ese Amor creador, con la firme

³⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, carta VI, del 22 de nov 1587 *post-scriptum*. *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid, 1950, p. 1306.

³⁵ Cf. ODA SCHNEIDER, *Er ordnete in mir die Liebe*, éd. Herold, Wien, 1954, p. 39.

³⁶ *Amor Dei est infundens et creans bonitatem in rebus*: Sto. TOMÁS, *Suma Teológica*, I, q. 20, a. 2.

convicción de que Él siempre está obrando, aun cuando no sintamos absolutamente nada. Y esto se realiza sobre todo por la vida de oración. Por ella nuestra “fe en el Amor” se convierte en un homenaje extremadamente agradable a Dios. Si sobrellevamos con paciencia las pruebas que nos entristecen, “la calidad de nuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convertirá en motivo de alabanza, de gloria y de honor” (1 P 1,6-7).

Por las tentaciones contra la fe, Satanás cree poder aplicar el hacha a la raíz de nuestra vida espiritual. Pero reaccionemos con vigor y nuestra fe se verá reforzada: en lugar de ser abatido, el árbol de nuestra vida teologal se elevará más alto y firme que nunca y, como un cedro del Líbano, sobrepasará en altura a los demás árboles del bosque. Mientras estamos protegidos por la luz de los consuelos sensibles creemos ciertamente en Dios, pero sin darnos cuenta creemos también en nosotros mismos, porque la verdad divina se nos vuelve transparente. Pero cuando los velos opacos de la tentación se interponen entre nosotros y el objeto de nuestra fe, y se hacen como un muro espeso que se eleva hasta el cielo, si seguimos creyendo firmemente, entonces en verdad creemos en Dios solo; el homenaje de nuestra fe, “certificando como por un sello que Dios es veraz” (Jn 3,33), se hace entonces extremadamente precioso a los ojos de Dios.

Así fue probada santa Teresa de Lisieux: su fe se transformó en un acto de amor, que renunciaba a sus propias impresiones para adherirse incondicionalmente a la veracidad de su Amado.

Una fe así, vivida heroicamente, equivale a un verdadero martirio. Santo Tomás no duda en poner en un mismo rango el mérito del mártir y el del sabio que permanece fiel a su fe a pesar de las objeciones de los filósofos o de los herejes: “Todo cuanto contradice la fe, ya sea la consideración humana o la persecución exterior, en tanto aumenta el mérito de la misma en cuanto manifiesta una voluntad más pronta y firme en la fe. Por eso los mártires tuvieron un mayor mérito, pues no abandonaron la fe en la persecución. Asimismo los doctos tienen mayor mérito en su fe, cuando no la abandonaron a causa de los ataques de los filósofos y herejes contra ella”³⁷.

“Nosotros hemos creído en el Amor”: en esta afirmación central del discípulo amado, el pronombre “nosotros” se aplica ciertamente a todos los creyentes, pero vale de una manera particular y verdaderamente única para la Virgen María y para el mismo Juan, ambos de pie junto a Cristo Crucificado. En esta prueba única, en la que todo parecía desmoronarse en una catástrofe sin parangón, María y Juan “creyeron en el Amor”. Allí se hizo patente en su más alto grado, la paciencia y la fe de los santos” (Ap 13,10; cf. 14,12). Allí, María, que desde la Anunciación ya era “Madre de todos los creyentes”, adquirió también el título de Madre nuestra en la fe.

Que su ejemplo luminoso nos oriente en nuestras horas de angustia y que su intercesión nos obtenga una fe que una y otra vez, a pesar de las aparentes derrotas, nos haga triunfar del mundo (cf. 1 Jn 5,4).

³⁷ *Suma Teológica*, II-II, q. 2, a. 10, ad 3um.